

La Ilustración Artística

AÑO XVIII

BARCELONA 11 DE SEPTIEMBRE DE 1899

Núm. 924

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LLAMADA Y TROPA, dibujo de José Albrecht

SUMARIO

Texto. — De Europa, por Emilia Pardo Bazán. — Sarcey, por Ruy Blas. — Episodio de caza, por Antonio de Valbuena. — Guerra de Filipinas. El destacamento de Baler. — Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — Corazón de sacerdote, novela ilustrada (continuación). — Fernando de Lesseps. — El proceso Dreyfús. — Libros recibidos.

Grabados. — Llamada y tropa, dibujo de José Albrecht. — Francisco Sarcey. — Monumento á la defensa de Altamura (Italia), obra de Arnaldo Zocchi. — Guerra de Filipinas, nueve grabados referentes al heroico destacamento español del pueblo de Baler. — Barcelona. Banquete dado por los cuerpos de la guarnición en honor de los defensores de Baler. — Los defensores de Baler. — Arenga de Federico el Grande á sus generales después de la batalla de Kunersdorf, cuadro de Arturo Kampf. — Después del trabajo, escultura de José Kowarzik. — El conde de Morphi, secretario particular de S. M. la reina regente. — Estatua de Fernando de Lesseps que se ha de colocar en el Canal de Suez, obra de Fremiet. — Proceso Dreyfús. Las periodistas Mme. Durand, Mme. Severine y Mme. Bremontier. — El capitán Dreyfús saliendo del Consejo de guerra. — La famosa dama blanca saliendo de la sesión del Consejo de guerra. — Una avanzada, cuadro de Roberto Haug.

DE EUROPA

Lo europeo, mejor dicho, lo universal en estos instantes, con universalidad por pocos asuntos obtenida, ¿quién negará que es el proceso en revisión de Dreyfús, los dramáticos incidentes que de él se derivan y los que se adivinan, presenten y recelan?

Más que las conjeturas sobre el estado mental del emperador de Rusia y sus propósitos de renunciar á la corona; más que la peste declarada en Oporto, que trae los contagios y podredumbres de la India á nuestras regiones relativamente civilizadas; más que los preparativos y amenazas de Inglaterra contra el Transvaal y los rumores de alianzas entre Mariana (la República francesa) y Miguel (el Imperio germánico); más que todo, y como hace tiempo no preocupaba cosa alguna, preocupa la suerte del hombre obscuro, borroso, del ayer desconocido capitán de artillería, que no llevó á cabo ningún hecho memorable, ni reúne otros títulos para atraer la atención de Europa, que haber sido sentenciado á espaldas de la ley...

Privilegio es de Francia que sus asuntos interiores adquieran tal resonancia, que lleguen á conmover al género humano, pareciéndole cosa propia. Y es porque Francia eleva lo particular á la altura de lo general, y lo baña con el resplandor y el fuego de las ideas. Hoy que los conflictos y las luchas internacionales, y en el seno mismo de las naciones, reconocen motivos relacionados con el orden económico, todavía Francia agita cuestiones puramente ideológicas, intereses del alma, y el sentimiento de la justicia, que Spencer considera incompatible con el régimen militar, provoca esta inmensa protesta en favor de un individuo, y hace abogados y defensores de Dreyfús á quienes con mayor indiferencia le miraban.

Ya no es Dreyfús un hombre, es un símbolo. Para los que le persiguen con saña violenta, significa muchas cosas: para los que le defienden á capa y espada, en él se cifran otras infinitas tendencias y aspiraciones. Dos siglos armados el uno contra el otro invocan á Dreyfús ó le maldicen. Una sociedad que, en último extremo, se basa en la fuerza, aspira á sostener esa fuerza hasta en sus abusos é iniquidades; á no desvirtuarla suponiendo que puede ser falible. Si volvemos la vista atrás y recordamos cómo nacieron las actuales instituciones que rigen á Francia, el predominio de la fuerza se explica satisfactoriamente. No se han convencido aún las gentes á quienes tanto alarma el nombre de república, de que una república puede ser, y es en bastantes casos, solución ultra conservadora, llamada á apaciguar y resolver un período anárquico. Así Francia. Ardía París por los cuatro costados; las educandas de los conventos, infelices niñas arrancadas á sus retiros, servían de vanderas á los comunaristas, que las desfloraban primero, las emborrachaban y apaleaban después; el tufo del petróleo se mezclaba con el hedor de la sangre, formando densa y caliginosa atmósfera; se hacían en montón los cuerpos de los rehenes acibillados á balazos — y todo esto ocurría ante el enemigo y el invasor triunfante, que veía por tales horrores santificada su causa y sancionado su derecho á la victoria. Y todo esto ocurría por culpa de los desaciertos funestísimos del régimen imperial, que además costaban á Francia dos bellas provincias, veinte mil millones de reales de rescate, innumerables vidas segadas en el campo de batalla sin fruto y casi sin gloria, y la preponderancia industrial que Alemania iba á adquirir y hoy sigue usufructuando. — Era preciso que alguien restañase las heridas de la nación

francesa y restableciese en ella la normalidad después de la derrota. Esta obra, conservadora, pacífica, verdaderamente restauradora, la República la llevó á cabo.

Para conseguirlo, tuvo que apoyarse en las ametralladoras y en los cañones. Necesitaba hacer respetar, dentro, la legalidad nueva; necesitaba prepararse fuera, ya que no al soñado desquite, cuando menos á la defensa, en caso de posible agresión, borrando al paso las vergüenzas de una administración militar que calzaba á los soldados con suelas de papel de estraza, y de un Estado mayor cuyos oficiales desconocían la topografía, no ya del país enemigo, sino de los departamentos franceses. Claro es que el apoyo en la fuerza tiene también sus peligros. El espíritu militarista (diferente del espíritu guerrero) cunde y todo lo invade allí donde las bayonetas, por caso fortuito, sirven de cimiento á un régimen. No se le podía copiar á Alemania tan sólo el maestro de escuela: otros modelos, armamento, uniforme, vida cuartelaria, consagración de la jerarquía, se ofrecían á la imitación y al perfeccionamiento elegante que el francés imprime á lo que hace suyo. Los antecedentes históricos de la nación francesa, sus proezas épicas tan recientes, contribuyeron á que el ideal encarnase en las esperanzas de la *revanche*. Y la vidriosa suspicacia del vencido y del humillado, hizo que el francés estuviese predisposto á ver en todas partes al espía y á la espiona, y á convertir á todo desconocido extranjero y á toda aventurera galante austriaca, húngara ó alemana, en agente secreto de Prusia. Estos recelos enfermizos se reflejaron en la literatura; les dió cuerpo nada menos que Alejandro Dumas en su famoso y absurdo drama *La mujer de Claudio*.

Dice Tolstoy que el dinero todo lo contamina. Acaso tengan razón los que atribuyen el conflicto Dreyfús al dinero, liberalmente presupuesto con destino á los fondos secretos del ministerio de la Guerra francés. Háblase de millones de francos, millones que, según la voz pública, era preciso presentar invertidos. De esto á la invención de tramas, intrigas, traiciones y complotos, no va ciertamente el canto de un Luis. Clave única — aseveran — del sin ella incomprendible error jurídico cometido con Dreyfús. Hacía falta un traidor. *Oportet unum hominem mori pro populo...*, ó por los fondos secretos.

En mi último viaje á Francia tuve ocasión de platicar con varias personas formales que estaban en mi caso: no eran *dreyfusistas* ni dejaban de serlo; no les dolía el lado del militarismo; eran sinceramente católicas, y por lo mismo sentían repugnancia á que se persiguiese y á que se condenase sin pruebas á nadie, sea moro ó sea judío; eran civilizadas, eran cultas, y detestaban los procedimientos que marcan un retroceso y llevan el sello de la arbitrariedad. Estas personas — entre ellas el distinguido hombre político que vino á España con objeto de estudiar de cerca el mecanismo de las elecciones — lamentaban que persistiese la manía del espionaje pagado, del cohecho y del soborno á los agregados militares, con otros ardides que les parecían, más que nada, infantiles y necios. Pero — añadían — toda vez que eso se practica, y que Francia paga sus agentes en Alemania, y recibe de ellos informes que casi nunca sirven para maldita la cosa, ¿por qué ha de escandalizarse y soliviantarse tanto con la idea de que los alemanes se dediquen al mismo *sport*? Aun suponiendo, y es aventurado suponer, que Dreyfús fuese culpable, ¿no tendría algo de poco serio la aparatosa degradación, los refinamientos de tortura en la isla del *Diablo*, el siniestro fulgor de nueva *Máscara de hierro* reflejado en ese hombre, como si de él pendiese la suerte de Francia?

¡Qué hacer!, podía responderseles. Vuestra República, gobierno de orden, serio y equilibrado, al cual debéis gratitud, ya que os devolvió, en pocos años, la prosperidad de la hacienda y el crédito y dignidad como nación, ya que hizo progresar vuestra instrucción y florecer vuestra ciencia y regenerarse vuestra administración, á través de los escollos del *Panamá*, con la infalible medicina de la publicidad y el aire libre — vuestra República, sin remedio, tenía que alentar ó al menos que consentir el hervor nacionalista, el militarismo, mil cosas inherentes á su manera de venir al mundo, apoyada en la fuerza. Pero los organismos robustos, como el de vuestra República, llevan en sí la virtud curativa de todos sus males; sufren calenturas, fiebres, contagios... y quedan más dispuestos, con la sangre más limpia. Por encima del nacionalismo Francia pondrá el legalismo; sobre la arbitrariedad, el derecho. Sea ó no sea culpable Dreyfús, se le habrá juzgado como se debe juzgar, en público, á la luz del día, en forma jurídica, y no

de ese modo que subleva la conciencia y erige, dentro del Estado moderno, un poder odioso, semejante al de los Consejeros venecianos, que del calabozo secreto llevaban al reo á morir misteriosamente, con mordaza.

La marcha del proceso Dreyfús se presta á conjeturas y á toda clase de hipótesis. Hay declaraciones, como la de Perier, indirectamente favorabilísimas; hay otras — ¡y muchas! — que envuelven al acusado en la penumbra de la sospecha. Oyendo desapasionadamente los debates, se observa que en contra de Dreyfús apenas se pueden citar hechos concretos; que se ve la mano de gentes dedicadas á tramitar su pérdida; que el *bordereau* se señala como obra del falsario Esterhazy; que abundan las maquinaciones y sobran la crueldad y el rigor: *pero*, al mismo tiempo, los que, repito, no llevamos á la lectura ningún *parti pris*, también observamos alrededor de Dreyfús una niebla, algo que no se define, y que es acaso tan sólo la *antipatía*. Se pierde la cuenta de los testigos que han ido desfiliando para decir todos poco más ó menos: «Ese hombre no nos gustaba...» «Era mal mirado...» «Preguntaba con exceso; no hacía más que curiosar...» «Siempre andaba indagando...» «Cuando se le acusó de traición no nos cogió de nuevas...» «Tenía una nota detestable...» Humo que se disipa, sombra que pasa, neblina en fin, turbia neblina..., pero reunid sus dispersos girones, y condensados son negros, negríssimos... Puede decirse de ellos lo que Echegaray en el prólogo del *Gran Galileo*: «Como de rayos dispersos de luz se hacen grandes focos, y de líneas cruzadas de sombra se forjan las tinieblas..., de vuestras frases perdidas, de vuestras vagas sonrisas, de vuestras miradas curiosas, de esas mil trivialidades... forjo yo mi drama...»

¡La duda!. No la evito. Juez, creo que absolvería á Dreyfús; espectador, no acierto á ver clara su inocencia.

Lo que salta á la vista, es que los *nacionalistas* han empeorado su causa por el alarde de arrogancia y provocación, por la sediciosa actitud. Las descomedidas agresiones al presidente de la República, con la falta de caballería de cometerlas cuando era el huésped acreedor á todo respeto; las desatentadas conjuras orleanistas; el interesado endiosamiento del ejército, fuera de sazón, cuando no lo explican la gloria y la sangre derramada heroicamente; el cobarde atentado contra Labori, que no hay palabras asaz severas para reprobar; el inicuo asesinato de Arcos, por leer un periódico; y finalmente, la niñería de *Fort Chabrol*..., han sido errores favorables á Dreyfús y á los que no ven en Dreyfús á Dreyfús mismo, sino á una bandera.

Fort Chabrol, sin embargo, es la nota humorística de este proceso gris y monótono, en el curso de sus debates, á pesar de las corrientes de emoción honda que despiertan. *Fort Chabrol* hace gracia; sentiríamos que no se hubiese producido ese incidente. A la fuerza Guerin tiene la cabeza llena de reminiscencias literarias, las cuales no siempre son fruto de la lectura, sino que muchas veces llegan al cerebro por modo indirecto, como repercusión del ambiente, respiradas, y sin embargo actúan con eficacia notoria. Sobre la imaginación de Guerin influyeron sin género de duda los *Mosqueteros*, especialmente *Artagnan*, y quizás el caballero *Des Touches*, el magnífico héroe de Barbey d' Aureville. Los que ven debilidad en el Gobierno porque no arrasa á fuego y sangre el *Fort Chabrol*, no saben el daño que eso ocasionaría. De las cenizas de *Fort Chabrol* puede salir incendio; y si Guerin y sus compañeros resistieran, como acaso resistirían, con desesperado valor, no podríamos menos de mirarle con simpatía, y la aureola romántica que adquiriesen redundaría en desprestigio del Gobierno. Este ha procedido con fina ironía molieresca al enviar á Guerin y sus compañeros de armas... la ración de presidiarios. Como antaño se decía, están presos, dándoles por cárcel su propia casa; y para que no puedan alegar que se les mata de hambre, reciben la pitanza de los detenidos: el jarro de agua, las legumbres secas, la carne y el arroz penitenciarios...

Quizás nos sentimos inclinados á la indulgencia con la aventura de *Fort Chabrol*, porque ostenta el sello de lo que antes llamaban *españolismo*. Es una de las calaveradas interesantes que se nos ha creído dispuestos á realizar con el menor motivo, y de las cuales hemos perdido la receta. Tiene dejos de *españolismo* andante la encastilladura de los antijudíos del Gran Occidente de Francia. Y desde lejos, la saludamos con benévola sonrisa.

EMILIA PARDO BAZÁN



SARCEY

Si la importancia de este príncipe de la crítica no tuviese por base — y base sólida — los folletines dramáticos que durante cerca de medio siglo ha venido publicando, sin interrupción alguna, todos los domingos, en el *Temps*, la revelarían los ataques irrespetuosos que dirigen á su memoria muchos aristarcos de la prensa parisiense, desde que ha bajado á la tumba.

Una gran parte de la juventud literaria, en guerra constante con toda autoridad, no deja morir ningún maestro sin que trate de desprestigiarlo á los ojos de sus contemporáneos y de negarle un título de gloria para la posteridad. Este procedimiento, iniciado con Dumas hijo, seguido con Hervé, Meilhac, Pailleron y Becque, en estos últimos tiempos, parece haberse acentuado con el pobre Sarcey.

Esto debe atribuirse, principalmente, á que el ilustre crítico, educado en la Escuela Normal, nutrido de savia vigorosa, amante de la forma precisa, clara y elegante de los clásicos griegos y latinos, no transigió nunca con la jerga obscura, presuntuosa y enrevesada que los modernistas quieren imponer al público.

La injusticia y apasionamiento de esos modernistas más ó menos decadentes llega al extremo de vilipendiar la memoria de Sarcey, afirmando que éste odiaba todo lo generoso y elevado, y que desconocía en absoluto la literatura de su tiempo.

No se pueden hacer de buena fe semejantes afirmaciones, sin haber ignorado el movimiento periodístico de Francia de esta última mitad de siglo.

Desde que debutó en el *Figaro*, allá por los años de 1858 á 1860, bajo la protección de Edmundo About, con quien había de hacer más tarde tan brillantes campañas en el *XIX Siècle*, hasta dos días antes de su muerte, Sarcey ha prodigado su prosa en casi todos los grandes periódicos de Francia. Muchos eran los días en que escribía tres artículos; y era tan grande su espíritu de asimilación, que con variar hasta el infinito los asuntos de que trataba en sus crónicas, siempre parecía competente y no era raro que impusiese su opinión.

Lo que más fama le dió fué indudablemente el folletín dramático del *Temps*, que empezó á redactar en 1867 y que no interrumpió una sola semana en tantos años.

Pero este folletín no bastaba á la actividad del que había de ser uno de los periodistas más fecundos de su época. Ora firmando sus artículos con su propio nombre, cuya popularidad iba creciendo, ora haciendo uso de varios seudónimos que pronto adquirirían crédito, Sarcey ha llegado á escribir en docenas de periódicos de gran circulación, así de París como de provincias y del extranjero.

Yo tuve el gusto de ser compañero suyo de redacción en algunos diarios parisienses, tratándole con cierta intimidad, y fuí durante muchos años vecino de él en esa calle de Douai donde murió y que era, según expresión de Calman Lévy, la más literaria de las calles parisienses. Al decir esto el laborioso editor pensaba en el número de ejemplares de las obras nuevamente publicadas en su casa, que remitía á los críticos domiciliados en aquella simpática vía del artístico Montmartre, Edmundo About, Jules Claretie, Ludovico Halévy, Edmundo Théry, Martel, Viardot y otros periodistas de nota que tenían su residencia en esa misma calle donde hasta las piedras conocían á Sarcey.

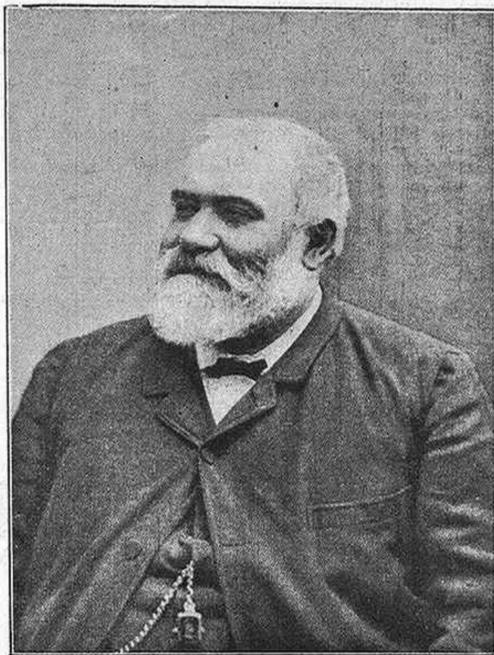
A despecho de sus detractores, el eminente crítico se ha mostrado siempre literato de pura raza, amante de la forma clara y natural. Las obras hechas de mano maestra le entusiasmaban, aunque estuviesen en discordancia con sus opiniones.

Por lo que afecta al arte dramático, entendía que éste exige un estudioso aprendizaje y que no se puede ser maestro sin haber pasado por una práctica concienzuda.

Miraba con cierta prevención las importaciones extranjeras; no se entusiasmó jamás con las brumas del teatro de Ibsen; para él, esos dramas, que tienen algo de infantil en medio de sus complicaciones y rarezas, no eran grandes obras.

A la postre, el público, que se aburría en las representaciones de esos dramas, vino á darle razón. Como aquel entusiasmo ficticio era artículo de moda, la reacción contra el teatro de Ibsen no tardó en manifestarse. De París, aquel entusiasmo pasó á España, pero dentro de dos ó tres años habrá pasado á la historia.

Sarcey sentía, sin embargo, una admiración profunda por el teatro clásico español. Su muerte destruye quizá en germen el proyecto que algunos ami-



FRANCISCO SARCEY

gos nuestros abrigaban de crear en París un teatro internacional, donde cada año habían de representarse obras de un país determinado. La primera temporada había de consagrarse exclusivamente á obras españolas. Sarcey era el patrocinador entusiasta de esta empresa; y consigno con satisfacción este detalle que no veo consignado en ninguno de los artículos necrológicos con que la prensa europea vilipendia ó ensalza al eminente crítico.

La severidad que éste solía mostrar en el juicio de las obras verdaderamente malas, le valió muchas enemistades. No era hombre que buscara perifrasis ni eufemismos para decir la verdad; los golpes que asestaba á los malos escritores eran de los que aplastan. Pero su ruda franqueza era concienzuda y leal. No vacilaba en rectificar sus juicios cuando temía haberse equivocado; y en muchas ocasiones, después de haber censurado una obra á su estreno, la aplaudió después de haber asistido á varias de sus representaciones.

Sarcey inventó el reporterismo que vino á sustituir á la crítica doctrinal. Con frecuencia invertía las dos terceras partes de sus folletines del *Temps* en explicar el argumento de la obra que juzga en pocas líneas.

Cierto es que rindió culto al dios Exito, considerando, por regla general, que una obra era buena cuando gustaba al público que sostiene el teatro; pero esto no impedía que él señalase las bellezas que aseguraban el éxito de las obras, uniéndole su aplauso al de los espectadores, á quienes iniciaba de este modo en el arte teatral.

Tuvo amor entusiasta, apasionado, á su profesión, y para desempeñarla con entera libertad desdeñó muchos de los honores que cohiben y las satisfacciones mundanas que son una traba para la libre expresión de la verdad.

No quiso ser académico, ni aceptar condecoraciones, ni pertenecer á ninguna sociedad literaria. Su única distracción, su pasión dominante fué el teatro, y tuvo la satisfacción de poder asistir todas las noches á uno ó más espectáculos teatrales, donde era saludado en la sala por los públicos que le conocían, agasajado entre bastidores por los artistas y los empresarios que anhelaban su aplauso ó su apoyo.

Diffícilmente habrá quien lo sustituya en el periodismo de actualidad. Con él desapareció quizá el prototipo del crítico apasionadamente enamorado de su profesión, ansioso de conocer y juzgar todo cuanto se relaciona con el teatro, independiente y franco hasta el salvajismo. Ese amor al arte teatral, su erudición y su competencia innegables, la consagración de toda su vida al periodismo, á la vulgarización de sanas ideas y conocimientos útiles, le hacen acreedor á un respeto que muchos le niegan y á un puesto de honor en la galería de nuestras figuras contemporáneas.

RUY BLAS

EPISODIO DE CAZA

(A MI AMIGO D. FRANCISCO DE UHAGÓN)

Iba pasando por cosa averiguada en Espineda y sus contornos que Sanchón (Pepe Sánchez) no era ya lo que había sido.

¿Que qué había sido Sanchón?.. Pues el hombre más determinado para ir á la espera del oso, el más seguro para entendedérselas con él mano á mano, dándose forma de que siempre fuera el oso el que salía perdiendo; en una palabra, el cazador más sereno y más valiente de las tres provincias.

Estas tres provincias eran las de León, Oviedo y Santander, que confluyen y tienen un mojón común en los Picos de Europa, cuyas estribaciones con sus sombríos hayedos y sus gigantescos escobales vienen á ser hoy casi el único paraje de España donde el terrible plantígrado tiene morada permanente.

La culpa de que la fama de Sanchón se fuera eclipsando la tenía casi toda su hijo Rosendo, mozo hablador y presumido, que no perdía ocasión de rebajar un poco el legendario valor de su padre, á trueque de ensalzar el suyo propio.

— No creáis, les solía decir el hijo de Sanchón á los otros mozos allá en sus reuniones nocturnas siempre que salía la conversación de la caza, no creáis que mi padre es ya tan valiente como fué en sus tiempos..., si es que lo fué tanto como dicen, pues yo desde que he empezado á salir con él nunca le he visto hacer ninguna maravilla: lo creo porque así lo cuentan... Pero lo que es ahora... Delante del oso, que es donde quiero yo ver á los hombres, porque allí es donde se prueba el valor y lo demás es broma, delante del oso le he visto yo encogérselo el ombligo como á cualquiera... y bastante más que á mí por supuesto... Como suelen decir, cada primavera tiene sus flores, y mi padre sería valiente, no digo que no lo fuera, allá en sus tiempos, pero lo que es hoy, aunque á mí no me esté bien el decirlo, no sirve para descalzarme...

Con esta propaganda continua contra el valor de Sanchón, salida de tan cerca de su persona, la gente había comenzado por dudar, para ir poco á poco creyendo en su decadencia.

Y como por otra parte Sanchón, al revés de lo que hacía su hijo, siempre estaba contando valentías de éste y no tenía boca más que para ponderarle, la superioridad del hijo como cazador de osos iba adquiriendo categoría de axioma.

No faltaba, sin embargo, quien suspendiera el juicio diciendo que eso habría que verlo..., y en efecto se iba á ver muy pronto.

Expiraba el verano: había demediado el mes de septiembre. Los maizales, que por cierto estaban aquel año tan pomposos que era un alabar á Dios, iban ya dorándose por arriba y comenzaba á encerrarse el grano en las panojas. Las merinas empeza-

ban á bajar de los puertos para emprender el viaje á Extremadura, con probable disgusto del oso que, mientras están veraneando, casi todas las noches las visita, y se lleva una ó un par de ellas como recuerdo. Pero el oso, que es omnívoro, y aunque unas cosas le gustan más que otras, practica el refrán aquel que dice: «Cuando no hay solomo, de todo como,» empezaba á acudir por las noches á los maizales á darse harturas de leche de panojas á medio cuajar, que es cosa riquísima.

Una mañana aparecían señales de su nocturno banquete en un maizal; otra mañana en otro distinto. Las cuitas que se contaban los vecinos unos á otros iban menudeando.

— El mi maizal del Hoyo grande, decía una mañana Juan Salceda, todo me le ha derrotado el oso.

— ¡Sí, pues el mío de Valleja-obscuro!, le contestaba Pedro Portilla, ¡si vieras cómo me le ha puesto! Y estaba que daba gloria verle; pero hoy no tiene ya una panoja sana. Empezó por lo cimero y ya ha ido llegando hasta abajo... No sé qué hacen esos cazadores que no le acechan...

Una tarde llegó el hijo de Sanchón á su casa diciendo:

— Padre, me ha dicho el tío Rafael que todas las noches baja el oso al su maizal de la Pandiella y se le tiene casi todo estrozado. ¡Dice que ha hecho allí cada estrulladero!.. Y debe de ser una osa con dos esbardos que vieron la otra tarde los pastores cuando bajaban de la majada del Somo... Si quiere usted, podemos ir esta noche á la espera.

— Iremos, contestó Sanchón á su hijo.

— ¿Quiere usted que avise á algún otro?, añadió el hijo.

— No, le replicó Sanchón; no avises á nadie.

— Como usted quiera; pero por si acaso fueran esa osa y los esbardos, que ya creo que son grandetos, insistió el hijo, decía yo que no sería malo ir tres cuando menos.

— No, no, dijo Sanchón resueltamente, los dos somos bastante.

Concluido este diálogo, Sanchón y su hijo cenaron de prisa y corriendo un poco de friera (leche desnata) y un zoquete de borona, á sorber y morder, y cogiendo sus escopetas de pistón, una de las cuales tenía una abrazadera rota y sustituida con unas vueltas de bramante, echaron á andar para el monte.

— Si bajan los tres, iba diciendo Rosendo preocupado con la posible aparición de tres osos, procuraremos asegurar primero á la madre que es la que vale más... Después, si podemos apiolar también los esbardos...

— No, le interrumpió su padre; si vienen los tres y se ponen los tres á tiro, tú procura asegurar un esbardo, que yo tiraré al otro; porque si matamos aunque no sea más que uno, la madre acude á reconocerle y acariciarle, y no se marcha en un rato, hasta que no se convenza de que está muerto, y en tanto podemos tirarla también; mientras que si tiramos primero á la osa, los esbardos, en cuanto sientan el tiro y la vean caer, van como alma que lleva el diablo y no les volvemos á echar la vista encima.

Seguramente que Sanchón no habría leído el soneto precioso de Campoamor titulado *Los padres y los hijos*; pero lo que al poeta filósofo le dijeron la filosofía y el numen, se lo había dicho al rudo cazador la experiencia.

Convino el hijo en seguir el plan trazado por el padre, aunque no sin cierto escozorillo tímidamente manifestado en algunas observaciones como esta:

— Pero si tiramos primero á los esbardos y caen, la osa se puede venir sobre uno de nosotros, y con las escopetas descargadas...

— No dejaré de haber tiempo de volver á cargar para tirar á la osa, le contestó el padre; y si no, ya nos arreglaremos con ella...

— Velay que si tuviéramos, añadió todavía el hijo, de esas escopetas que dicen que hay de dos cañones...

— Sí, dicen que las hay, replicó el padre; pero no sé si será verdad; yo por mí nunca las he visto..., ni me han hecho falta...

— Para ir al oso no serían malas en algunos casos, insinuó Rosendo.

— Con esta he matado yo nueve entre chicos y grandes, dijo Sanchón con cierta jactancia.

— Pues si matáramos los tres, volvió á decir el mozo, no echábamos mal avance... Lo menos tres onzas nos valían las pieles, y...

— Y acabaste de contar, le interrumpió el padre, porque el unto ahora casi no vale nada... Si fuera como antes... El del primero que yo maté, hace veinte años, lo vendí en *Vallaolid* á peseta la onza... Y tuvo cuarenta y dos libras, de modo que saqué un dineral, cerca de tres mil reales del unto solo. Ahora vale á peseta la libra, si acaso... Y la carne... Bueno, la carne, si el tiempo refresca un poco, la podemos curar para el invierno, que no es mala cecina... Decían que el unto iba á volver á valer tanto y cuanto, porque servía para hacer andar el *carro-cerril*...

La osa, al sentir el disparo y el gruñido, lanzó un berrido enorme, atronador y se fué, como había previsto Sanchón, á reconocer y tratar de levantar al hijo derribado.

El otro esbardo salió huyendo. Sanchón pudo entonces cómodamente disparar sobre la osa entretenida en lamer y acariciar al esbardo muerto; mas por la codicia de que no se le escapara el fugitivo, tiró sobre él, haciéndole caer redondo.

Entonces se puso á cargar otra vez la escopeta; pero al apretar el primer taco sobre la pólvora, la osa, que se iba ya convenciendo de que su hijo no rebullía y de que eran inútiles sus halagos, sintió los martillazos de la baqueta, se fijó hacia donde sonaban, vió á Sanchón y se fué sobre él como un rayo.

Sanchón, sin tiempo ya para acabar de cargar, cogió la escopeta por el cañón para dar á la osa en la cabeza con la llave; y la dió en efecto, pero sin conseguir otra cosa que romper la escopeta en dos pedazos. Y como la osa se había puesto ya de pies para acometerle, soltó el cañón y se abrazó á ella. El irritado animal abrazaba á su vez á Sanchón oprimiéndole ferrozmente, sin poder hacerle otro daño por de pronto, pues Sanchón cuidó de agacharse mucho para que no le echase la boca á la cabeza, y en efecto, no le pudo coger entre los dientes más que la gorra de pellejo que llevaba puesta, entreteniéndose un poco en morderla hasta hacerla añicos.

El hijo de Sanchón, que estaba acabando de cargar, cuando vió á su padre liado con la osa dijo para sí: «¿Cómo tiro yo al pelotón sin exponerme á matar á mi padre?..» Y sin reflexionar más, dejó caer al suelo la escopeta que consideraba inútil, sacó del bolso del chaleco una navaja no muy grande, y abriéndola se fué precipitadamente hacia el grupo en ademán de acuchillar á la osa, la cual seguramente, al sentirse herida por detrás, dejaría libre al padre para volverse contra el hijo...

¡Ah! Si los mozos de Espineda hubieran presenciado la noble y valerosa resolución de Rosendo de salvar la vida de su padre con riesgo inminente de la suya, si hubieran visto su temerario arrojo de acometer á una osa enfurecida con una mala navaja, hubieran podido creer que tenía razón para juzgarse más valiente que el autor de sus días.

Pero no, no hubieran podido creer tal cosa; porque al mismo tiempo hubieran presenciado también la serenidad con que Sanchón, preso entre los brazos de la fiera y menos cuidadoso del peligro propio que de no malograr el resultado de la jornada, detenía la acción de su hijo diciéndole:

— ¡Para, bárbaro..., que vas á echar á perder el pellejo!

ANTONIO DE VALBUENA



MONUMENTO ERIGIDO EN CONMEMORACIÓN DE LA DEFENSA DE ALTAMURA (ITALIA)
obra de Arnaldo Zocchi

— Antes para eso, dijo Rosendo, había oído yo decir que era lo mejor el unto de cristiano, y que con ese *ojeto* lo buscaba aquel tío saca-untos que decían que andaba por los cementerios...

— Esas son brujerías...

Con esta y otras conversaciones llegaron á la heredad, que era un extenso rectángulo atravesado en una ladera, se pusieron uno á cada extremo y se escondieron entre las escobas que orlaban la finca.

Más de dos horas hacía que esperaban sin percibir otro ruido que el acompasado y suave del maíz estremecido por el viento, cuando comenzaron á sentir otro más fuerte como de saltos y luego el chasquido de algún palo seco... Eran los osos que bajaban por el monte á dar á la tierra, y que pronto se metieron en ella y empezaron á escogollar panojas.

En efecto, eran tres, uno mayor, la madre, y dos más pequeños, los esbardos. Había un poco de luna, á cuya claridad se distinguían perfectamente los tres bultos negros sobre el fondo blanquecino del maíz ya casi maduro.

El hijo de Sanchón, dócil y obediente á la orden recibida de su padre, se echó la escopeta á la cara con tranquilidad y tiró á uno de los esbardos, al que tenía más cerca, el cual dió un gruñido y una vuelta en el aire y cayó hecho un gorgoto.

GUERRA DE FILIPINAS

EL DESTACAMENTO DE BALER

En el vapor *Alicante* llegaron el día 1.º de este mes á Barcelona los heroicos defensores de Baler, los que durante once meses, encerrados en una iglesia de aquel pueblo de la isla de Luzón, han resistido los ataques incesantes de los filipinos y no han abandonado la posición en que se hicieron fuertes hasta que, convencidos al fin de que había cesado la soberanía española en las Islas Filipinas, renunciaron á proseguir una lucha inútil y salieron de aquella improvisada fortaleza con todos los honores de la guerra.

No hemos de relatar las proezas de aquel puñado de valientes: la prensa de todo el mundo se ha ocupado de ellas y la fama ha otorgado justamente el dictado de héroes á los que tan alto han colocado el honor de nuestras armas.

Conforme ofrecimos en uno de nuestros anteriores números, publicamos en el presente las interesantísimas fotografías que nos ha remitido nuestro querido y celoso corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez. Del relato del viaje por éste realizado á Zam

boanga, Basilán y Baler, que con las fotografías nos remite, entresacamos lo referente á la expedición á Baler que llevó á cabo acompañando al bizarro te-



GUERRA DE FILIPINAS. - Playa de Baler. Soldados filipinos que sirvieron de guías y custodios al teniente coronel de Estado Mayor Sr. Aguilar y á nuestro corresponsal Sr. Arias y Rodríguez (de fotografía, propiedad de D. M. Arias y Rodríguez, de Manila).

niente coronel de Estado Mayor D. Cristóbal Aguilar, encargado por el general Ríos de dirigir la evacuación de nuestras tropas de Joló, Zamboanga y Basilán y de parlamentar con el jefe del destacamento de Baler para ordenarle en su nombre que cesara en su resistencia y se dirigiera á Manila con las fuerzas de su mando.

La falta de espacio no nos permite publicar íntegro el citado relato, que es bajo todos conceptos interesante; por ello nos vemos obligados á extractarlo, si bien reproduciremos en su integridad algunos de sus párrafos.

El 26 de mayo, poco después de amanecer, levó anclas el *Uranus*, que conducía á los expedicionarios, dejando en la silanga de Isabela de Basilán al vapor de guerra *Alava* y al mercante *Dos Hermanas*, y se dirigió directamente á Baler, distrito del Príncipe en la isla de Luzón.

«Por cuarta vez desde la insurrección visitaba tan famoso lugar en el que teníamos una fuerza de 51 hombres, si mal no recuerdo, todos soldados peninsulares que han resistido hasta los primeros días del mes de junio, teniendo izada constantemente la bandera española en la torre de la iglesia.»

El general Ríos ordenó al Sr. Aguilar «que con el destacamento de Ba-

ler ó sin él regresara á Manila el día 2 de junio á más tardar, puesto que él se embarcaba el 3 en el *León XIII* para España.»



GUERRA DE FILIPINAS. - Un paisaje en el interior del río de Baler (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

«A las ocho de la mañana del 29 nos encontrábamos en la ensenada de Baler, donde poco tiempo antes había estado un buque de guerra americano para ver si conseguía sacar á la tropa española que allí teníamos, y consiguió perder un bote artillado y 14 hombres que lo tripulaban.»

«Desde la ensenada no se distinguía el pueblo por encontrarse al interior y cubierto de grandes arbustos y por un extenso cocal.

«Situado el buque en la dirección de *Los Confites*, larga restinga de piedra que aparece á la entrada de la ensenada, pudimos ver perfectamente, con ayuda de los gemelos, la parte superior de la torre de la iglesia y la bandera española dando frente al mar. ¡La bandera española izada y defendida en la isla de Luzón! Nos parecía un sueño y no puedo describir la emoción que nos embargaba. ¡Un puñado de soldados españoles defendiéndose desde hacía cerca de un año, sin comunicación con el resto del mundo y metidos en un edificio que

nada tenía de fortaleza! Verdaderamente el caso, por lo excepcional, parecía increíble.

«Al entrar en la ensenada se izó en el palo mayor del *Uranus* la bandera española y debajo de ésta una blanca, y al fondear, el silbato de vapor anunció nuestra presencia en aquel punto con tres silbidos muy prolongados.

«El Sr. Aguilar decidió enviar un bote con sólo indígenas para explorar la playa, que estaba completamente desierta: llegados aquéllos, en número de ocho, á la playa, seis saltaron á tierra, y cuando pretendían internarse, salieron del bosque unos cuantos individuos armados que les dieron el alto y se los llevaron.

«Al poco rato, oímos una descarga cerrada y algún fuego graneado hacia el interior en la dirección por donde se fueron los tripulantes del *Uranus*, y luego vimos transitar por la playa muchos indígenas con armas de fuego y blancas, todos encaminándose al mismo punto por donde penetraron los primeros.

«Por la tarde uno de los indígenas que habían sido internados trajo al *Uranus* un oficio del jefe local dirigido al Sr. Aguilar autorizándole para desembarcar con cuantas personas quisiera, siempre que no llevaran armas. Tan pronto como se enteró de la misiva faltóle tiempo al Sr. Aguilar para ceñirse el fajín,



GUERRA DE FILIPINAS. - Calle principal del pueblo de Baler. El teniente coronel Sr. Aguilar dirigiéndose á parlamentar con el destacamento español (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).



GUERRA DE FILIPINAS. - El teniente coronel Sr. Aguilar regresando de parlamentar con el destacamento español (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

coger el bastón y embarcar en el bote, acompañado de un sargento y de su asistente, indígena. El bote se dirigió á la bocana del río, en donde aguardaban algunos indígenas armados, quienes colocaron previamente un pañuelo blanco en una rama de un pequeño arbusto como muestra de sus pacíficas intenciones. Al llegar la embarcación á la entrada del río, penetraron en ella algunos indígenas armados, y remontando juntos la corriente, desaparecieron pronto de nuestra vista.»

Durante aquella noche los del *Uranus* pasaron gran inquietud porque, contra lo convenido, no regresaron los expedicionarios: al día siguiente supieron que por culpa del miedoso indígena que se había quedado guardando la embarcación, el teniente coronel Aguilar y sus acompañantes no encontraron el bote en el sitio donde debía esperarles, y hubieron de pasar toda la noche á la intemperie en un bosque y junto al río.

A las siete de la mañana del 29 apareció en el río el bote con el Sr. Aguilar y los que le acompañaron: llegados al *Uranus*, el señor Aguilar refirió que después de haberse avistado con el jefe local, desembarcó en la orilla derecha del río, y después de mil penalidades por el pésimo estado del camino, llegó con los suyos á Baler, en donde fué cordialmente recibido por el teniente coronel de las fuerzas filipinas Sr. Texón, á quien expuso el objeto del viaje y rogó le permitiese comunicar en seguida con el teniente del heroico destacamento. Accedió á ello, y previo el toque de parlamento, acercáronse el Sr. Aguilar y el sargento con las banderas desplegadas á la iglesia, detrás de cuyos muros vieron al teniente Sr. Martín y algunos soldados. Adelantóse el señor Aguilar solo y manifestó al teniente la misión que el general Ríos le había confiado, presentándole el oficio de éste, á lo cual contestó el Sr. Martín que dejara el documento en



GUERRA DE FILIPINAS. - Flechero filipino de Baler (de fotografía de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

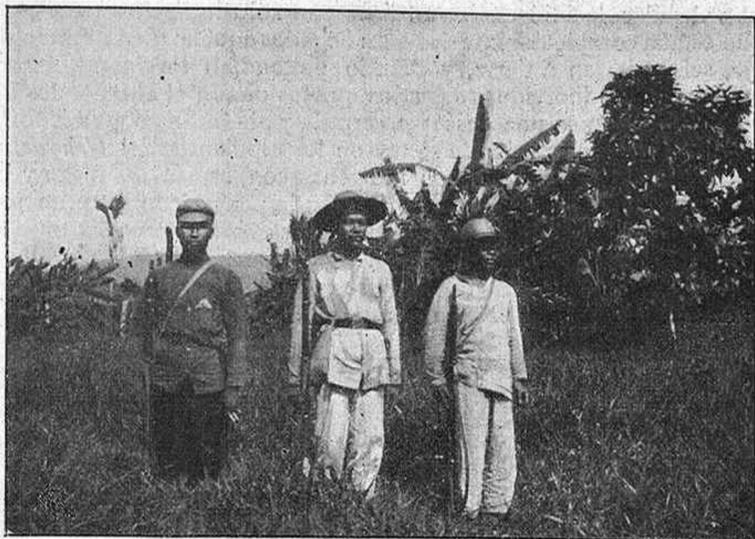


GUERRA DE FILIPINAS. - Una de las principales calles del pueblo de Baler, tal como se encuentra actualmente (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

el oficio de éste, á lo cual contestó el Sr. Martín que dejara el documento en

el suelo, que él ya lo mandaría recoger, y que ni él ni los suyos abandonarían aquel lugar, que seguirían defendiendo hasta el último extremo. Llamóle el señor Aguilar la atención sobre la presencia del vapor *Uranus*. «No he visto el vapor, contestó el teniente. — ¿No ha oído las tres fuertes pitadas que dió al

«De repente nos avisaron que nos encontrábamos en Baler, pero yo sólo divisé algún techo destrozado, restos de casitas abandonadas y las calles cubiertas de vegetación (según puede verse en una de las fotografías), cuando antes de la insurrección se las veía limpias y enarenadas. Por fin divisamos una casa ó bahay



GUERRA DE FILIPINAS. — AVANZADILLA DE RECLUTAS FILIPINOS FRENTE Á LA PLAZA DE BALER (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

fondear? — No, señor, y aunque las hubiese oído no habría hecho caso, porque en varias ocasiones han tratado los filipinos de engañarme sirviéndose de cañas con las que imitan el silbato de un vapor. — A fin de desvanecer sus dudas, diga dónde puede fondear el *Uranus* para que ustedes lo vean bien. — Pues bien, sitúense en la proximidad de los peñascos denominados *Los Confitos*. — Muy bien, así lo haremos y se dispararán dos cañonazos con un pedrero que hay á bordo, para que el humo indique á usted la dirección en que se encuentra el barco. Hasta mañana.»

El *Uranus*, en efecto, se situó en el punto indicado y disparó los dos cañonazos convenidos, y al mediodía se dirigieron á la boca del río el Sr. Aguilar, el capitán del *Uranus*, el sargento de cazadores, el primer maquinista y el señor Arias y Rodríguez; poco antes de llegar á aquella, cinco indígenas armados les avisaron que hicieran alto, y embarcándose con ellos les sirvieron de guías y custodios. Desembarcaron, después de larga travesía, los expedicionarios en el punto que el guía les indicó y avanzaron por accidentados y peligrosos caminos, bajo un sol abrasador.



GUERRA DE FILIPINAS. — UNA DE LAS PATRULLAS VOLANTES QUE VIGILABAN LA PLAYA DE BALER (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

que en dimensiones nada difería de las otras, pero que tenía casi intactos los muros y la techumbre, y delante de ella formados unos 30 indígenas armados de Remington y varios fuera de filas con machetes (*sandatahán*), unos y otros con arcos y flechas: era la casa del teniente coronel Sr. Texón del ejército filipino.»

Celebró con éste una entrevista el Sr. Aguilar, conviniendo en que si nuestros compatriotas consentían en abandonar la iglesia saldrían con todos los honores hasta la playa, donde se formarían pabellones con las armas y se embarcarían inmediatamente: como garantía del cumplimiento de lo convenido debían quedar en rehenes el referido Sr. Aguilar y el Sr. Arias.

«Convenidos en todo, llamaron al corneta de los filipinos y le ordenaron que se aproximara á la plaza y tocara parlamento. Inmediatamente se dirigieron allí el Sr. Aguilar y el sargento con las banderas española y blanca, y este último, esforzando mucho la voz, manifestó á los centinelas que el señor teniente coronel de Estado Mayor deseaba hablar con el jefe del destacamento. «El teniente está durmiendo,» le contestaron. Insistió aquél, y no pudo obtener más respuesta que la de que volvieran á las tres.



GUERRA DE FILIPINAS. — BALER. CASA HABITADA POR EL TENIENTECORONEL DEL EJÉRCITO FILIPINO SR. TEXÓN Y PARTE DE LA FUERZA Á SUS ÓRDENES (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

»A las tres en punto, el corneta volvió á tocar parlamento y salimos juntos el sargento con las banderas; detrás el Sr. Aguilar con su bastón en una mano y en la otra varios periódicos; seguía el capitán del *Uranus*, y cerraba yo la marcha para obtener el grupo que figura en otra de las fotografías. Preguntó el sargento si el teniente coronel podía adelantarse para conferenciar con el jefe del destacamento y le contestaron que podía adelantarse solo.»

Así lo hizo el señor Aguilar, y mientras, el Sr. Arias permaneció en una trinchera con la esperanza de que, aceptada la capitulación por los del fuerte, podría obtener una serie de interesantes vistas. Desgraciadamente no fué así, y al poco rato regresaron los parlamentarios, saliendo entonces á su encuentro nuestro corresponsal y tomando otra de las fotografías, en la cual se ven á la derecha los restos de un caserío que incendiaron los del destacamento para despejar el campo hasta la playa.

El Sr. Aguilar explicó lo infructuoso de su tentativa ante la firme resolución del teniente Sr. Martín de no abandonar su puesto, á menos de que fuera á ordenárselo en persona el general Ríos ó se

vistas de aquellos alrededores, á pesar de habérselo rogado encarecidamente el Sr. Aguilar, y amenazó con hacer fuego en cuanto armase la máquina.

De regreso á la casa del Sr. Texón, dedicóse nuestro corresponsal á recorrer el pueblo y á sacar las fotografías que reproducimos. Una de ellas representa una de las avanzadillas filipinas que guardan las trincheras; otra, un tirador de flecha, arma que con los *bolos* constituyen el armamento de los indígenas de Baler que no forman parte de las fuerzas regulares; otra, una de las partidas volantes que recorren el bosque en las proximidades de la playa; y otra finalmente, un grupo de sitiadores de Baler formados delante de la casa del teniente coronel Texón.

Regresaron aquel mismo día los expedicionarios al *Uranus*, que al siguiente levó anclas con rumbo á Manila, adonde llegó el 2 de junio.

El mismo día 2 el teniente Martín, agotados los víveres hacía cuatro días y convencido por la lectura de los periódicos que le dejara el Sr. Aguilar de que había cesado la soberanía española en Filipinas, expuso al destacamento la inutilidad de todo sacrificio: todos convinieron en ello,



BARCELONA. - BANQUETE DADO POR LOS CUERPOS DE LA GUARNICIÓN EN HONOR DE LOS DEFENSORES DE BALER (de fotografía de Laureano)



BARCELONA. - LOS DEFENSORES DE BALER (de fotografía de Laureano)

presentaran fuerzas en número suficiente para sacar al destacamento, y de intentar en último extremo una salida á la bayoneta para abrirse paso. Además, el citado teniente se opuso terminantemente á que el Sr. Arias sacara algunas

y en su consecuencia pactóse la capitulación en las más honrosas condiciones. Cinco semanas después, y habiendo sufrido mil penalidades por el camino, llegaron los del destacamento á Manila, en donde fueron recibidos con gran



ARENGA DE FEDERICO EL GRANDE Á SUS GENERALES DESPUÉS DE LA BATALLA DE KUNERSDORF (1759), CUADRO DE ARTURO KAMPF

entusiasmo, habiéndose dado en su honor dos funciones teatrales y abierto una suscripción que permitió hacer un donativo de 100 pesos á cada soldado. Además el general Jaramillo y los jefes y oficiales del arma de infantería presentes en Manila regalaron á cada soldado una placa de oro y plata, y de oro y brillantes á los oficiales, recordándoles la fecha de su llegada á aquella capital (8 de julio de 1899).

A su llegada á Barcelona fueron recibidos en la Capitanía general por el señor conde de Caspe, quien, profundamente emocionado, les dirigió una patriótica arenga ensalzando su heroica conducta y terminando con estas palabras: «Bienvenidos seáis, y recordad sin jactancia, pero con orgullo, que habéis formado parte del destacamento de Baler.»

Por la noche fueron obsequiados con un banquete por los cuerpos de la guarnición de esta capital.

Las fotografías que reproducimos de esta fiesta íntima y de los individuos del destacamento han sido tomadas por el reputado fotógrafo de esta ciudad Sr. Laureano y completan la interesantísima información gráfica del señor Arias.

Daremos, para terminar, los nombres de este puñado de héroes, de los 33 últimos defensores de la bandera de España en las que fueron colonias españolas.

Segundo teniente D. Saturnino Martín Cezeo; Médico provisional D. Rogelio Vigil de Quiñones; cabos Jesús García Quijano y José Olivares Conejero; corneta Santos González Roncal; soldados Juan Chamizo Lucas, José Hernández Arocha, Luis Cervantes Dato, Manuel Menor Ortega, Vicente Pedrosa Carballeda, Antonio Bauza Fullana, Domingo Castro Comarena, Eustaquio Gopar Hernández, Eufemio Sánchez Martínez, Emilio Fabregat Fabregat, José Jiménez Verro, Felipe Castillo Castillo, Francisco Real Juste, José Pineda Tura, José Martínez Souto, Loreto Gallego García, Marcos Mateo Caresa, Miguel Pérez Leal, Miguel Meridez Expósito, Pedro Vila Garganté, Pedro Planas Basagaña, Ramón Mir Brils, Ramón Boades Tormos, Ramón Ripollés Cardona, Timoteo López Lario, Gregorio Catalán Valero, Marcelo Adrián Obregón (de Administración Militar) y Bernardino Sánchez Cañizos (de Sanidad Militar).



DESPUÉS DEL TRABAJO, escultura de José Kowarzik

España les debe gratitud eterna, y aparte de las recompensas que puedan, mejor dicho, que deben concedérseles, es preciso que sus nombres se perpetúen para que las generaciones venideras puedan decir, copiando la hermosa frase del conde de Caspe: «¡Estos formaron parte del destacamento de Baler!» - X.

NUESTROS GRABADOS

El conde de Morphy.—A la edad de sesenta y tres años falleció el día 28 de agosto último en Argovia (Suiza) don Guillermo Morphy y Ferriz de Guzmán, secretario particular



EL CONDE DE MORPHY, Secretario particular de S. M. la Reina Regente, fallecido en Argovia (Suiza) en 28 de agosto último

de S. M. la reina regente y una de las figuras más notables y simpáticas de la aristocracia madrileña. Dedicado desde su infancia al estudio de la música, que comenzó en Alemania, continuó en Madrid y completó en Bruselas bajo la dirección del ilustre Fetis, dominaba la técnica musical, tocaba magistralmente el piano, era compositor inspirado y crítico distinguido, poseía vastos y profundos conocimientos en lo que podemos llamar parte científica del arte de los sonidos, y había hecho grandes y provechosos estudios, así de los clásicos más eminentes, como de la música popular de algunas regiones de España. Verdadero Mecenas y entusiasta propagandista de la ópera española, cuantos talentos musicales han sobresalido en nuestra patria hallaron en él siempre valiosísimo apoyo. En 1864 fué nombrado gentilhombre del entonces príncipe de Asturias D. Alfonso, á quien acompañó en la emigración y de quien fué secretario particular desde su elevación al trono hasta su muerte. Al fallecimiento de D. Alfonso XII continuó ejerciendo dicho cargo con la augusta viuda del malogrado monarca.

El conde de Morphy deja escritas gran número de composiciones musicales y artículos críticos, y estaba preparando una gran obra didáctica sobre la música y la ópera española. Era individuo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y estaba condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica.

Hombre de trato aménisimo, de exquisita cultura, y de vasta ilustración, era estimadísimo lo mismo en el mundo del arte que en la vida de la sociedad.

Después del trabajo, escultura de José Kowarzik.—Responde esta obra perfectamente á las tendencias de la escultura moderna; es un fragmento arrancado de la vida real y trasladado al mármol con todo el vigor de la verdad misma. La figura del robusto herrero que después de penosa jornada se embelesa en la contemplación de sus hijos, es un portento de expresión, y sus líneas enérgicas y hasta duras forman hermoso contraste con los delicados contornos de aquellas dos criaturas encantadoras.

Llamada y tropa, dibujo de José Albrecht.— Llegó la hora de la comida, y el pastorcito, empujando la sonora trompa, reúne la manada de patos para dirigirse todos juntos hacia la granja, de cuya chimenea se escapa el humo anunciador de que la pitanza está dispuesta. El grupo que forman el chicuelo y las aves está muy bien entendido y el paisaje está tratado con verdad; revelando el dibujo, así en el conjunto como en los detalles, la mano de un artista experto.

Monumento erigido en conmemoración de la defensa de Altamura (Italia), obra de Arnaldo Zocchi.— El 23 de enero de 1799, Championnet, general en jefe del ejército de Nápoles, constituía como gobierno provisional la República napolitana presidida por Carlos Lambert. Altamura fué la primera ciudad que respondió al llamamiento de los revolucionarios, y cuando los partidarios de Fernando IV se apercibieron á combatir aquel movimiento, los liberales hicieron de Altamura su fortaleza. Atacados por las tropas del cardenal Ruffo, los altamurenses, viendo que no llegaba el auxilio de los franceses tantas veces prometido, resolvieron morir entre las ruinas de la ciudad antes que ceder; y aunque sostuvieron heroicamente el ataque, agotadas las municiones y diezmadas sus escasas fuerzas, hubieron al fin de rendirse. En conmemoración de aquella defensa heroica se ha inaugurado recientemente el monumento que reproducimos: sobre un pedestal de estilo greco-romano elevase el grupo de bronce formado por la estatua simbólica de Altamura y por dos altamurenses, uno muerto en el combate y el otro defendiéndose

aún valientemente á pesar de estar herido. Las tres figuras son bellísimas y dignas del renombre del escultor Arnaldo Zocchi.

Arenga de Federico el Grande á sus generales después de la batalla de Kunersdorf, cuadro de Arturo Kampf.— Después de la batalla de Kunersdorf (12 de agosto de 1759), perdida por los prusianos contra los rusos y austriacos aliados, sufrió Federico el Grande de Prusia un terrible ataque de gota que le obligó á guardar cama. Comprendiendo que los vencedores, en cuanto tuvieran noticia de su enfermedad, realizarían un ataque contra su ejército, é imposibilitado de montar á caballo para mandar á sus tropas, hízose conducir á Koeben, pequeña ciudad situada junto al Oder, y reuniendo alrededor de su lecho á sus generales, les dirigió la siguiente arenga: «Asegura á mis valientes soldados que aunque la desgracia me ha perseguido en esta campaña, no descansaré hasta alcanzar la victoria; decidles que confío en su valor y que sólo la muerte podrá separarme de ellos.» Tal es el episodio de la guerra de los Siete años, en que se ha inspirado el famoso pintor alemán Arturo Kampf para el hermoso lienzo que publicamos.

Una avanzada, cuadro de Roberto Haug.—Es innegable que el arte es expresión del modo de ser de los pueblos y de las épocas de la historia, y bien lo demuestra la preponderancia que vuelve á adquirir en nuestros días la pintura de asuntos militares, que responde al estado de paz armada en que hoy viven las naciones. El cuadro que reproducimos obedece á esta tendencia que tan bellísimas obras ha inspirado, y su autor, el notable pintor alemán Roberto Haug, ha probado en ella que ha sabido aprovechar las enseñanzas de los grandes maestros en este género.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS.—La baronesa Nathaniel Rothschild, recientemente fallecida, poseía una admirable colección de cuadros y objetos de arte cuyos más hermosos ejemplares ha legado á los museos parisenses. El Louvre recibirá el más hermoso lienzo de su galería, la *Lechera*, de Greuze, estimado en 600.000 francos, doce hermosas pinturas de célebres maestros antiguos italianos y veinte preciosas acuarelas de Jacquemart. El Museo Carnavalet, el retrato de madame Geoffrin y el de Lucía Desmoullins, esposa de Camilo Desmoullins, pintados respectivamente por Nattier y Boilly. El Museo de Cluny, toda la colección de arpilleras antiguas de cuero y tafete, que la baronesa había recogido á fuerza de investigaciones y de dinero, y todos los objetos de los siglos XV y XVI que adornaban la abadía de Vaux. El Museo de Artes Decorativas, la colección tan completa y tan rara de joyas de los siglos XVI y XVII. Y el Conservatorio, finalmente, una colección de instrumentos músicos antiguos.

ROMA.—El Estado italiano ha comprado el museo Borghese pagando por él 3.600.000 francos que satisfará en diez anualidades. Una sola de las muchas obras que forman parte de aquella galería, *El amor sagrado y el profano*, de Tiziano, está valorada en dos millones y medio.

Teatros.—En el teatro municipal de Federico Guillermo, de Berlín, se ha estrenado con gran aplauso un drama titulado *Germinal*, tomado de la novela del mismo título de Zola.

— En la aldea de Menil-en-Xantois (Lorena) se han dado unas representaciones populares de los misterios de «Juana de Arco» ejecutados por gentes del pueblo bajo la dirección del párroco de la población.

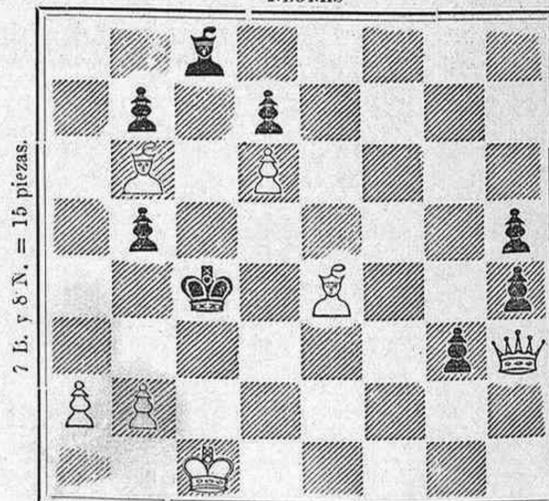
— Carmen Sylva, la reina de Rumanía, ha terminado una nueva comedia en dos actos que se titula *Un par de zapatos*.

Necrología.—Ha fallecido: Felipe Sporrer, pintor alemán, profesor de la Escuela Superior Técnica de Munich.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 167, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 166, POR J. PALUZIE

- | | |
|----------------|---------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. A c T R | 1. P 7 T D |
| 2. A c T D | 2. C toma C ú otra. |
| 3. C ó A mate. | |



Lucila besó á Mad. de Sennevaux y sonrió á su hijo, que se inclinó ante ella deslumbrado y turbado

CORAZÓN DE SACERDOTE

NOVELA ORIGINAL DE H. S. DE FORGE. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

La llegada de Adalberto, anunciada por un telegrama, trastornó el estudio. El cínico dependiente miró con ojos azorados al primo de un notario de París, y M. Lechesne corrió á su encuentro alargándole las manos, no sin sentir cierta emoción en pre-

sencia de aquel delegado del gran colega de la capital. La conferencia duró hasta la hora de la comida, á la cual M. Lechesne invitó tímidamente al viajero y éste se dignó aceptar. Mad. Lechesne se había puesto sus mejores galas, sacando al efecto el vestido de

seda negro que no salía á luz sino en las grandes solemnidades.

Mientras duró la comida, Adalberto, satisfecho del efecto causado y ufanándose, desplegó su facundia ante aquella pareja deslumbrada. Tan pronto habla

ba de los grandes negocios que se efectuaban en «su estudio» y en los que, naturalmente, se atribuía el papel principal, como descendía á bromas de bular, que sus oyentes no comprendían siempre, pero de las que se reían de buena fe, y en un momento en que llamaron á M. Lechesne á su despacho después de comer, Adalberto se puso á decir á su mujer unas cosas..., ¡qué cosas!... Pero los jóvenes de París debían hablar de este modo á las mujeres, y entonces Mad. Lechesne reía con expresión algo azorada, pero en el fondo satisfecha y limitándose á vagas protestas.

— ¡Oh señor Deruel! Si le oyeran á usted...

Aquella misma noche, toda la familia Descordes se presentó como por casualidad, pero vestida con trajes en los que se conocía la premeditación. La conversación se hizo general, y desde el principio Mad. Descordes aguzó los oídos al oír los nombres de Mad. de Sennevaux y del P. Charlier.

Nombres aborrecidos que la acosaban sin cesar como una persistente pesadilla, recordándole los días más amargos de su vida, toda su obra de caridad vuelta confusamente contra ella, la lección de bondad dada tan impertinente por Pablo cuando niño, su exclusión de casa de Marta, públicamente pronunciada por la condesa y que había sido la señal de su decadencia. Toda su religión se sublevaba á la idea de que Pablo, el hijo de aquella Marta, era ya sacerdote. Pero ¡qué sacerdote sería él, criado como lo había sido y dotado de los instintos de que ya diera muestras! ¡Qué ejemplos tan vergonzosos tuvo en su juventud! ¡Cuán triste era para el sacerdocio contar con semejantes hombres en su seno! Su corazón latía violentamente al repasar todos aquellos recuerdos súbitamente evocados, y casi se habría arrepentido de haber ido á aquella casa si no hubiese creído notar cierto enojo en el tono de Adalberto cuando hablaba de Mad. de Sennevaux y del padre Charlier.

— Debe usted conocer á ese cura, dijo Deruel. Creo que ha nacido en Ganneville, aunque nunca habla de este pueblo.

— ¡Vaya si le conocemos, y mucho!, contestó madame Descordes con tono acrimonioso que tampoco pasó inadvertido á Adalberto.

M. Lechesne, aprovechando este incidente, aunque no con malicia, sino deseoso de mostrar al secretario parisiense que también había habido aventuras en Ganneville, refirió el episodio de Marta y Saviniano, los pistoleros, la causa formada á Charlier, todo ello sin mala intención, pero con ese orgullo que siente el habitante de una ciudad pequeña donde ha ocurrido algún suceso trágico. Más de una hora se discutió este asunto. Mad. Lechesne, por bondad natural, defendía la virtud de Marta, su marido se encogía de hombros guiñando un ojo picarescamente; las tres Descordes guardaban prudente silencio, y M. Descordes dormitaba en un rincón.

Adalberto dijo con tono sentencioso:

— Cuando se conoce la vida como yo la conozco, se sabe lo que ha debido suceder como si se hubiera presenciado... ¡Además..., la virtud..., no creo en ella!

— ¡Oh señor Deruel!

— Señora, siempre se exceptúa á las personas presentes. Me alegro mucho de saber esa historia..., que á la verdad no me extraña... Gracias á mi buen olfato había adivinado que en el pasado de ese cura había algo bochornoso... ¡Ah, ah! Buenas cosas ha debido presenciar en su juventud. ¡Su mamá y el subprefecto!.. ¡Bonita educación para un sacerdote! Pero mi primo ignora sin duda todo eso, y yo tengo el deber de decirselo. No dejaré de hacerlo tan luego como regrese á París. No es posible que conserve en una casa como la suya un hombre que tiene ese origen y ha recibido semejantes lecciones, y mucho menos cuando en esa casa hay una joven.

— ¡Ah!, exclamó Mad. Descordes. ¿M. Jouvenot tiene una hija?

— Una muchacha encantadora y que cuenta con un gran dote, lo que hace que alguien que yo me sé la agasaje mucho en estos momentos, contestó Adalberto con voz sombría.

Mad. Descordes dejó pasar un momento y luego preguntó:

— ¿Y Mad. de Sennevaux es muy amiga de madame Jouvenot?

— Como que apenas sale de su casa.

Mad. Descordes sabía ya á qué atenerse; pero en presencia de M. Lechesne, notario de la condesa, no podía interrogar á Adalberto como hubiera deseado. Retiróse, pues, convidando al secretario á comer para el día siguiente y suponiendo que antes iría á visitarla.

En un momento había formado todo un plan.

Adalberto no dejó de acudir y fué recibido á solas por Mad. Descordes. Poco trabajo le costó á ésta sonsacarle, y tanto que antes de media hora sabía

que Pablo Charlier se había propuesto casar á su amigo Roger de Sennevaux con Lucila, que este proyecto contrariaba sobre manera al secretario, quien deseaba frustrarlo á toda costa, y que detestaba al cura y á los Sennevaux tanto como ella misma los detestaba. Había en este asunto todos los elementos necesarios para intentar una buena obra, cual era la de servir á aquel excelente joven que le gustaba mucho, puesto que tenía los mismos enemigos que ella. Había también todos los elementos de una intriga que lisonjeara su imaginación largo tiempo inactiva y su corazón ávido de venganza.

— ¡Ea, caballero, dijo á Adalberto, hablemos francamente! Me siento inclinada hacia usted por una simpatía que tendría sumo gusto en demostrarle. Usted desea vivamente que se rompa todo proyecto de matrimonio entre su prima y M. de Sennevaux, y tampoco le desagradaría que ese P. Charlier saliera de casa de su primo, ¿no es esto?

— Justamente, respondió Adalberto satisfecho de verse tan bien comprendido. Pero debo advertir que en todo ello no me guía otro propósito sino mirar por los intereses de la familia.

— ¡Por supuesto! Yo, por mi parte, jamás me meto en asuntos ajenos, á no ver en ello una utilidad que no advierten los mismos interesados... El proyecto concebido por el P. Charlier me parece de lo más descabellado... A juzgar por lo que sé de M. Roger de Sennevaux, estoy segura de que esa bella prima de usted sería muy desgraciada con él, y valdría más casarla con alguna persona de su esfera, con un joven que estuviera al corriente de los negocios de su padre, que pudiera ayudarle..., sucederle..., con usted, por ejemplo, Sr. Deruel.

— ¿Quién lo duda? Pero á Mad. Jouvenot le ha dado por la nobleza, y se despepita por un título ó cuando menos por un *de*.

— Pero ¿no lo tiene usted? ¿No se escribe con dos palabras su apellido?

— Hasta ahora no lo he escrito más que con una..., pero en efecto..., tengo el derecho.

— Claro está. Hay muchas y excelentes familias, burguesas al parecer, que pueden usar esa preposición. Por ejemplo, los antepasados de mi marido se llamaban *des Cordes*, pero cuando la Revolución reunieron las dos palabras, y como mi marido es tan modesto jamás ha querido modificar su apellido... Creo que me ha dicho usted que el P. Charlier se ocupaba mucho de Mlle. Jouvenot.

— Mucho, no expresa bien la idea..., no se ocupa más que de ella, ni ve á nadie más que á ella, ni se aparta de su lado. Pasean juntos, van juntos por los caminos, por el campo, so pretexto de repartir limosnas; se encierran horas enteras en la biblioteca, donde el cura supone que da lecciones á mi prima... A menudo me quedo escandalizado, y le confieso á usted que lo que supe ayer de ese cura dista mucho de disminuir mis preocupaciones.

— Tranquílcese usted, Sr. de Ruel... Me complazco en creer que entre el P. Charlier y su prima de usted no media nada vituperable. Nunca deben hacerse juicios temerarios; pero en fin, ya es mucho que haya apariencias de que puedan nacer sospechas... Quiero mucho á Mad. de Sennevaux, añadió Mad. Descordes con una sonrisa cuya falsedad no comprendió Adalberto. La veré ó la haré hablar la primera vez que venga aquí, y de todos modos, buscaré un medio... Voy á reflexionar, y esta tarde cuando venga usted á comer le diré si he dado con alguno.

— ¡Ah señora! Si hace usted eso, si consigue usted romper ese enlace proyectado y si logra que se expulse al P. Charlier, mi gratitud...

— No me encargo más que de lo primero: lo segundo es de incumbencia de usted. Vive usted en la casa; M. Jouvenot es su primo; por consiguiente, á usted le corresponde decirle, si le parece oportuno, lo que ha sabido acerca del P. Charlier y de su familia. En cuanto á gratitud, no hablemos de ello. Nunca hago nada sino por el bien en sí, es decir, por Dios, cuando veo una obra útil y buena. Más de una vez he tenido pruebas de lo que valía la gratitud de los hombres. Hasta la tarde: ¡ah!, y á propósito; no diga usted una palabra de todo esto á M. Lechesne.

Después de comer, Mad. Descordes dijo simplemente:

— He dado con el medio. Vuélvase usted á París sin cuidado. La boda que usted recela no se efectuará, se lo prometo.

En cuanto al asunto objeto del viaje de Adalberto, quedó algo más embrollado que antes.

VII

El P. Chavassieux seguía siendo primer vicario en Ganneville. Habían transcurrido los años, los párro-

cos se habían sucedido, y el buen padre había continuado desempeñando aquel cargo honroso, pero secundario, que al obispo le parecía suficiente para su inteligencia. Mad. Descordes estaba desesperada: había contado siempre con el ascenso del P. Chavassieux al cargo de párroco para recobrar la preponderancia en las asociaciones benéficas, y por más que jamás hiciera juicios temerarios, no vacilaba en atribuir esta desgracia á alguna intriga urdida contra sí misma. En cuanto al buen cura, le parecía su suerte muy satisfactoria, pues carecía de ambición, y apreciaba los muchos ratos de ocio que le dejaba su insignificante cometido; era un sabio, un tanto epicúreo.

Las relaciones del digno varón con la familia Descordes continuaban tan íntimas como antes. Había cerrado resueltamente los oídos á las hablillas que después de lo ocurrido á los Charlier circularon acerca de Mad. Descordes — que era una santa — y sobre sus hijas — que eran dos ángeles — y á todo contestaba con su estribillo: «¡La caridad! San Pablo lo ha dicho..., ¡la caridad!» Sus cabellos habían pasado del gris al blanco y su vientre se había abultado notablemente... Pero no había ocurrido otra modificación en la vida del apacible sacerdote, que jamás dejó de ir á comer los domingos á casa de los Descordes ni de participar luego de las inteligentes emociones del juego de la lotería. Continuaba dirigiendo la conciencia de la madre y las hijas, pero en cambio estas piadosas damas dirigían su voluntad: no veía más que por sus ojos, tan sometido á ellas en su obediencia como el mismo M. Descordes.

A los pocos días del viaje de Adalberto, madame Descordes, sabedora de que Mad. de Sennevaux debía llegar para residir unos cuantos días en Jouy, fué á buscar al P. Chavassieux y le dijo:

— Señor cura, vengo á hablarle á usted de una buena obra muy importante y de urgente realización. Se trata de evitar que una familia honrada se deslice por una pendiente funesta...

— Grande y buena obra en efecto, respondió el vicario; sí, impedir el mal... ¡La caridad! ¡Siempre y ante todo!

— Escúcheme usted bien: el asunto es delicado y el éxito será sin duda muy meritorio á los ojos de Dios... ¿Usted conoce á Mad. de Sennevaux?..

— ¡Oh, sí! Es una noble dama, una santa persona.

— Enhorabuena. ¿También conoce usted á su hijo Roger?

— Guapo mozo..., no le he visto hace muchos años..., creo que es militar...

— Supongo que se interesará usted por Mad. de Sennevaux y su hijo, ¿verdad? Pues á ellos es á quienes se trata de preservar de un gran peligro, de impedir que sean víctimas de una maquinación que, si tuviera buen resultado, haría la desgracia de su vida.

— Sí, sí, es preciso..., rogaré á Dios porque les libere de todo mal.

— En efecto, rogar á Dios es muy útil..., pero hay que unir á los rezos una acción más humana y más directa... Diré á usted lo que pasa. Mad. de Sennevaux se ha dejado rodear en París de una familia sin religión..., gente de dinero que no piensa más que en los bienes terrenales...

— Bienes perecederos, hija mía, que corrompen las almas y comprometen su salvación eterna.

— Perfectamente. Pues en esa familia hay una joven bastante bonita á la que se quisiera casar con M. de Sennevaux que ni siquiera la conoce. No se ocupan ni de los caracteres ni de los sentimientos religiosos de esos jóvenes...

— ¡Qué triste es eso! ¡Ah! ¡En el mundo reina siempre Satanás!

— Pues todavía hay algo peor. Esa joven no es... ¿cómo se lo diré á usted?.., no observa la conducta que debe observar una doncella... Vive en medio de todos los placeres parisienses, con gran lujo, asistiendo á toda clase de fiestas, y por fin tiene... un trato... criminal, ¡oh!, muy criminal...

— ¡Es posible!.. ¡Una joven!.. ¡Ah! Todas deberían parecerse á las hijas de usted; esas sí que son dos ángeles.

— Lo más horroroso del caso es que quien hace faltar á sus deberes á esa infeliz muchacha es... ¡un sacerdote!

— ¡Gran Dios!

— Sí; ya sabe usted que á veces el cielo permite, con un propósito que nuestra pobre inteligencia no alcanza á comprender, que haya malos sacerdotes, que son descendientes de Judas y motivo de escándalo y de maldición. Conozco detalles que le estremecerían á usted y que no puedo decir... Los padres no ven ó no quieren ver nada...

— ¡Qué ceguedad!

— Y como la joven es muy rica, lo cual basta para dispensarlo todo en esa triste sociedad parisiense, como sus padres tienen la ambición, aunque son de

humilde origen, de darle un título casándola con un noble, se ha fraguado un complot para atrapar á Mad. de Sennevaux, á esa buena señora, y conseguir que su hijo se case con esa joven... Él está lejos de Francia, y se confiaba en que no sabría nada... A su regreso se celebraría la boda..., el orgullo de los padres quedaría satisfecho y la desgracia del conde Roger consumada.

- ¡Qué abominación!
- Y ese sacerdote indigno es el que lo ha maquinado todo so pretexto de amistad á Mad. de Sennevaux... Fácil es adivinar su objeto... Causa espanto sondear la profundidad de tales horrores.

- Pero ¿no se podría impedir eso, abrir los ojos á Mad. de Sennevaux? Sería, como usted ha dicho muy bien, una obra meritoria, una obra de caridad. ¡Ah, la caridad!

- Pues precisamente he venido con el objeto de pedir á usted que aproveche un viaje que debe hacer esa señora á Jouy para revelar toda esta trama.

- ¡Yo!, exclamó el pobre vicario dando un salto como si le hubieran pegado un latigazo. Pero... ¿cómo, señora, si no sé nada?

- Usted sabe todo cuanto le digo y cuanto yo misma sé y le aseguro que lo sé de buena tinta... Un pariente cercano de la joven, que vive en la misma casa y por consiguiente se halla en disposición de ver todo lo que pasa, ha considerado como un deber de conciencia avisar á Mad. de Sennevaux. Hace poco ha venido expresamente á Ganneville para pedir á los amigos de la condesa que le revelen lo que hay. Sabe usted que hace mucho tiempo no la trato... La calumnia rompió nuestras relaciones. Es uno de los muchos disgustos que ofrezco al Señor, y ya ve usted que estoy muy lejos de querer mal á la condesa, puesto que procuro hacerle un señalado favor. Pero mi intervención personal sería sospechosa y más perjudicial que útil. Para que llegue la verdad hasta ella, tan sólo un sacerdote del carácter de usted tendría la autoridad apetecida.

- ¡Dios mío! ¡Dio mío!, exclamaba el mísero vicario.

- Sí, señor vicario, insistió sin piedad Mad. Descordes... Usted solamente... y permítame que se lo diga, sabedor como está usted ya de los hechos, no tiene el derecho de sustraerse al deber que se le impone... Cuando Mad. de Sennevaux llegue...

- Sí, sí, eso es, contestó el cura asiéndose á aquella tabla de salvación con la precipitación del hombre de ánimo apocado que ganando tiempo cree haberlo ganado todo; sí, cuando Mad. de Sennevaux llegue dentro de tres ó cuatro meses...

- Dentro de tres ó cuatro meses será demasiado tarde. Mad. de Sennevaux llegará mañana para pasar dos días en Jouy... Por consiguiente, mañana tiene usted que ir á verla.

El P. Chavassieux se quedó aterrado. En vano se defendió, acumulando objeciones y buscando una escapatoria: Mad. Descordes contestó á todo, acorralándole con su voluntad implacable. Repitió al buen vicario su lección, y se lo dictó, precisó y resumió todo; tan sólo omitió el nombre del sacerdote culpable, por temor de despertar alguna sospecha en su ánimo, por confiado que fuera. Hubo que ceder, y al otro día, después de pasar una noche singularmente agitada contra su costumbre, el embajador forzado cogió su bastón y se encaminó al castillo con un paso que iba acortando á medida que se acercaba á él.

Por el camino iba meditando dolorosamente lo que tenía que decir, pidiendo á Dios que hiciera un gran milagro y apartara de él aquel cáliz. De pronto se detuvo, y sintiéndose cansado, se sentó á la orilla del camino.

Su espíritu estaba todavía más cansado que sus piernas, y una gran turbación llenaba de confusión su mente. Parecía oír como un murmullo vago de su conciencia.

El P. Chavassieux tenía la cabeza algo débil; era de carácter sencillo y sin malicia, bondadoso, y de alma honrada y recta. Le había indudablemente indignado y sobre todo entristecido cuanto le dijo Mad. Descordes. ¡Qué horrible revelación! Una joven... un sacerdote... una confabulación contra Mad. de Sennevaux y su hijo... ¿Era posible que Dios permitiera tanta villanía? Era una cosa perversa... y tanto que se abrió paso en su imaginación una duda leve, casi imperceptible... ¿Estaba Mad. Descordes bien segura de lo que afirmaba? ¿No la habían engañado? ¿No se dejaba llevar demasiado de su celo? ¿Era tan buena, estaba siempre tan dispuesta á sacrificarse por los demás! ¿Y si todo aquello no fuera cierto? ¡Qué alegría! ¡Cómo bendeciría á Dios! ¡Y qué contenta se pondría también aquella buena señora, que era una verdadera santa!

Y entonces, en parte por escrúpulos de honradez

que le hacían temer el acusar á inocentes, y en parte por el terror que le causaba aquella visita que asustaba su timidez, traía á la memoria todas las aseveraciones de Mad. Descordes. ¡Ah! No había lugar á equivocación..., estaba plenamente convencida. Pero él no lo estaba tanto. ¿Qué inconveniente podía ofrecer el que se ampliaran las averiguaciones? ¿Qué significarían unos cuantos días más ó menos en tan grave asunto? Cuando los hechos estuvieran bien demostrados, entonces obraría enérgicamente..., iría á París, si era preciso, á ver á Mad. de Sennevaux. A esto se reducía cuanto pedía.

Mas de pronto se le ocurrió una idea terrible que le hizo palidecer. Mad. Descordes estaba viva, muy viva... Había grandes santos que tenían este defecto casi meritorio en la pasión del bien. ¿No se enfadaría por su vacilación?

¿Y si de esto se originara un enfriamiento de relaciones..., una ruptura? ¡Adiós comidas de los domingos, loterías!..

El pobre hombre se levantó trastornado, lleno de verdadera angustia, no sabiendo si dirigirse al castillo ó desandar lo andado. Pero el murmullo interior seguía susurrando, y el buen cura emprendió cabizbajo la vuelta de Ganneville.

Por el camino tropezó con las Descordes que, pretextando dar un paseo, se habían encaminado hacia allí, impacientes por saber el resultado de la visita.

El cura se puso tan colorado al verlas que madame Descordes no auguró nada bueno.

- ¿Qué hay?, le preguntó.

- Señora, contestóle muy conmovido, he pensado..., he reflexionado..., quizás tengamos que hablar...

- Pero ¿ha ido usted al castillo?

- No..., diré á usted.

- Es decir, ¿que quiere usted consentir que ese P. Charlier continúe escandalizando?

Mad. Descordes se había precipitado... Conoció la falta que acababa de cometer al ver que el vicario se ponía súbitamente grave y frío. El nombre pronunciado había sido para él toda una revelación. Por sencillo que fuera su espíritu, se hizo en él viva luz.

- No, señora, contestó con voz firme irguiendo la cabeza, no he ido al castillo ni pienso ir.

Y saludando á Mad. Descordes, estupefacta y curiosa, se alejó, sin pensar ya en sus comidas dominicales, ni en su lotería, probablemente perdidas para siempre, pero satisfecho de sí mismo, comprendiendo que obraba bien, y repitiendo entonces con una impresión profunda y enteramente nueva: ¡la caridad! ¡la caridad!

VIII

Por fin había llegado el día tan deseado por madame de Sennevaux. El gallardo capitán estaba sentado á los pies de la condesa en el gabinete de confianza, hablando con ella con esa confusión de las primeras expansiones, diciendo lo que había visto, preguntándole lo que había hecho, olvidando las interminables horas de separación con el inefable encanto de aquella primera entrevista, no pudiendo darse nada tan conmovedor como aquel joven de rostro pálido y varonil curtido por el sol de los países cálidos, de mirada franca y enérgica y de existencia llena ya de hechos gloriosos, expresándose con frases de niño para demostrar su adoración filial.

Roger tenía seis meses de licencia para incorporarse á su nuevo regimiento en Tours. Mad. de Sennevaux, egoísta contra su costumbre, se reservó para sí sola los primeros días de esta licencia. La madre y el hijo paseaban por París como dos recién casados en plena luna de miel, visitando como si fuesen extranjeros los teatros, los museos, los paseos, y el capitán se extasiaba, en lo que llamaba su sencillez de salvaje, ante aquellas cosas que le habían sido ya conocidas, pero olvidadas hacía mucho tiempo.

A pesar de ello, Mad. de Sennevaux no perdía de vista el proyecto acariciado, pero acechaba la ocasión del ataque, algo turbada al acercarse el momento decisivo. ¿Y si Roger quisiera conservar su independencia? ¿Y si todas las esperanzas de la madre se disiparan á la primera palabra?

El mismo Roger fué el que allanó el camino para la conferencia.

- ¡Ah!, exclamó un día leyendo la revista de salones de un gran periódico, otro más! «Se anuncia el próximo enlace de M. de Lambert, capitán de cazadores, con Mlle. de Montjay, hija de un rico propietario del Vienne.» ¡Es toda una serie! «Ayer se celebraron en Senlis los desposorios de M. de Landeville, teniente de coraceros, con M. de la Nayrie, sobrina del general barón de la Nayrie.»

- ¿Y cuándo leeremos, preguntó Mad. de Sennevaux: «Se anuncia el casamiento del conde de Sennevaux con la señorita Tres estrellas?»

- Cuando quieras, mamá; es decir, cuando hayas encontrado una señorita Tres estrellas digna de ser tu hija... ¿Conoces esa perla?

- Según eso, ¿no estás opuesto en principio á la idea de casarte pronto? ¿Tu vida errante no te ha dejado la afición á las aventuras?

- Ni por pienso. Creo que he llevado ya demasiado lejos mis relaciones con los pabellones negros y los senegaleses. No tengo empeño en prolongarlas más; y sin duda por afición á los contrastes, mi anterior inclinación á los viajes se ha convertido en un vivísimo deseo de vivir en un rincón de mi casa. A tu presencia tienes, querida mamá, una víctima favorita al sacrificio y dispuesta á poblar tu salón de cierto número de pequeños Sennevaux.

- ¡Cómo me gusta oírte hablar así! Respondes á mi más ardiente anhelo. En cuanto á la Srta. Tres estrellas, hace mucho tiempo que la he buscado y creo haberla encontrado.

- ¿De veras? Pues eso ya es más grave, porque salimos de las generalidades... ¿Me permites pedirte algunos detalles?

- Cuantos quieras.

- Ante todo, ¿qué edad tiene esa señorita?

- Veintidós años.

- Veintidós y ocho son treinta. La diferencia es buena. ¿Posición social?

- Excelente. Perfecta honradez y cuantiosa fortuna. El padre es uno de los principales notarios de París. La madre, muy amable, quizá de poco fundamento, pero se porta de un modo correcto.

- ¡Hum! ¡Notario! Un hombre panzudo... con anteojos de oro... que hablará con petulancia y será fastidioso.

- Nada de eso. Tú te refieres á los notarios de comedia... Este es muy parisiense, muy moderno, muy hombre de mundo, que tiene hotel en París, palco en el teatro de la Opera, quinta, caballos, cacerías, etc..., hombre de carácter un tanto burlón y escéptico, pero de buenos sentimientos y muy formal.

- Pasemos pues por el notario. ¿Y cómo se llama ese digno tabelión?

- M. Jouvenot.

- ¡Jouvenot! Es terriblemente plebeyo.

- ¿Qué te importa si tú no has de ser M. Jouvenot yerno, sino la señorita Jouvenot la que trocará su nombre por el de condesa de Sennevaux?

- Es verdad. Pero todo eso es accesorio. Vengamos á lo principal.

- Lo principal es una perla, valiéndome de tus propias palabras.

- ¿Sin hipérbole?

- Ninguna. Alta, esbelta, magnífica cabellera castaña, ojos bellísimos; quizás no sea una beldad, pero más que eso vale su gracia y su donaire... Esto en cuanto á la parte física.

- ¿Y en cuanto á la moral?

- Lucila...

- Me gusta el nombre: modifica algo el de Jouvenot.

- Lucila es, por lo que respecta á la parte moral, una pequeña perfección. Educación completa, mucha instrucción sin pedantería. A pesar de su fortuna, ha querido tener títulos académicos: es una música consumada; pinta muy bien á la aguada. Tiene el necesario trato social; es religiosa sin ser beata, y posee sentimientos delicados en todo y siempre. ¿Te satisface el retrato?

- Sí, si no se le lisonjea demasiado.

- Es una fotografía.

- ¿Y cómo siendo su padre notario?.. Decididamente ese notario me preocupa... ¿Cómo con un padre notario que sin duda se ocupará de su estudio más que de su hija, y con una madre de la que tú misma dices, á pesar de tu indulgencia, que tiene poco fundamento, Lucila reúne tan perfecto conjunto de cualidades?

- Porque su propia naturaleza ha entrado por mucho en ello. Además aún no te he dicho que Lucila tiene un hermano de catorce años; que este hermano hace cuatro que tiene por preceptor un santo varón, un sacerdote, hombre superior, y que este preceptor, al educar al hijo, ha dirigido, oficiosamente en cierto modo, la educación de la hija.

- Bien; recapitulemos: Jouvenot notario á la parisiense; una madre sin fundamento, puesto que has dicho que tiene poco; un hermano de catorce años; un preceptor para jóvenes de ambos sexos; Lucila una perla rara... ¿Es eso?

- Sí, prescindiendo de la ironía con que lo dices.

- ¿Y es esa toda la familia?

- Toda, excepto un tal Adalberto Deruel, primo y secretario de M. Jouvenot. Lo que es ese, te lo doy. Es un hombre fatuo, presuntuoso, molesto, necio, insoportable.

(Continuará)

FERNANDO DE LESSEPS

En medio de las más violentas tempestades que asaltaron á Fernando de Lesseps, el grito de la verdad no cesó de proclamarlo creador del canal de Suez, gloria que irá eternamente unida á su nombre y que forma parte del patrimonio de Francia.

La idea de abrir un paso á la navegación uniendo el Mediterráneo con el mar Rojo databa de muy antiguo y estaba como suspendida en la mente de los hombres; Fernando de Lesseps, á quien una brillante carrera diplomática había permitido estudiar á fondo los hombres y las cosas de Oriente, concibió, desde la época en que representó á Francia en Alejandría, el proyecto de intentar la unión de los dos mares.

Las dificultades para realizar este pensamiento eran inmensas; pero Fernando de Lesseps, á pesar de no ser ingeniero, se asimiló de tal manera el problema hidráulico, se impuso tan extensa serie de trabajos, de cálculos y de experimentos y llamó en su ayuda tantos consejos y tan autorizados concursos, que muy pronto pudo afirmar la posibilidad de llevar á cabo la empresa, y desde entonces marchó directamente hacia su objetivo sin que ningún obstáculo fuera bastante á desanimarle.

Diez años duró aquella lucha, en la cual Turquía, el mismo Egipto después de la muerte de Said-bajá, y sobre todo Inglaterra, apelaron á toda clase de armas para evitar que el proyecto se llevara adelante; hasta que en 1864 pudo Lesseps hacer triunfar su idea, merced á la celebración de un imponente arbitraje: su palabra de apóstol, apoyada por el prestigio de Francia, que entonces se hallaba en el apogeo de su gloria, le conquistó universales simpatías, que no tardaron en convertirse en adhesiones primero y después en recursos abundantes.

El día 15 de abril de 1865 quedaba abierto un primer canal por el que podían pasar de un mar á otro las lanchas, y que sucesivamente ensanchado no tardó en dar paso á embarcaciones de mayor porte. Cuatro años después, el 15 de abril de 1869, las aguas del Mediterráneo y las del mar Rojo se confundían en los Lagos Amargos. La inauguración del canal de Suez fué uno de los más grandes acontecimientos de nuestro siglo; y si constituyó una gloria para Francia, que podía reivindicar el honor de haber ella sola abierto el istmo histórico, constituyóla también para el hombre que había concebido aquella obra, que durante quince años había luchado contra toda clase de dificultades para llevarla á cabo sin desfallecer, y consagrando su vida á poner en acción la hermosa divisa latina que los Lesseps han inscrito en su escudo sin sospechar que uno de sus descendientes la realizaría á la faz del mundo: «Y abrió nuevos caminos á las naciones...»

¿Por qué no se detuvo en aquel punto?, ¿por qué no murió envuelto en su triunfo? En aquella empresa había dejado todas las fuerzas de su vasto y potente cerebro, que sólo era un pálido reflejo de lo que había sido cuando acometió el funesto proyecto del Panamá.

Pero sea cual fuere el juicio que la posteridad emita sobre aquel lamentable fracaso, habrá de reconocer que Lesseps fué quien dotó al mundo de ese nuevo camino que, reuniendo los mares de Europa, de Asia y de Africa, constituye una obra sin igual en los anales de la humanidad.

La Compañía del Canal de Suez ha querido consagrar este hecho prodigioso erigiendo á Fernando de Lesseps la estatua que dentro de pocos días se levantará en la punta de uno de los muelles de Port-Said sobre un pedestal de mármol.

Cuando el príncipe de AreMBERG, al tomar posesión de la presidencia de aquella compañía, sometió ese pensamiento á la junta, su proposición fué votada por aclamación: era imposible obedecer á una inspiración más delicada y más levantada después de la tormenta del Panamá que amenazaba quebrantar la gloria entera del fundador del canal de Suez.

Allí, por lo menos, á la entrada de aquel canal cuya grandiosidad celebra la navegación universal haciendo desfilar por él sus pabellones, Fernando de Lesseps se alzará eternamente sobre el pedestal en donde le han colocado el orgullo de su patria y la gratitud de los pueblos.

El eminente escultor Fremiet ha sido el encargado de hacer revivir aquella fisonomía tan viril y tan resuelta que reproduce la estatua con fidelidad asombrosa.

Lesseps está de pie y lleva, echado sobre sus espaldas, el caftán legendario con que cubría su traje

vez colocada en su pedestal al aire libre y junto al mar producirá un efecto sorprendente.

Por justa ironía del destino, los ingleses, es decir, los que con más saña combatieron el proyecto de Lesseps, los que en el Parlamento y en las esferas mercantiles le hicieron tan cruda y despiadada guerra, han sido los que dentro de la compañía del canal han aplaudido más espontáneamente la iniciativa del príncipe de AreMBERG, y los que con más empeño han exigido que la estatua por su grandiosidad y perfección respondiera á la grandeza del hombre y á la magnitud de su obra. — A.

* *

EL PROCESO DREYFUS

Sigue preocupando la atención del mundo entero el proceso que hace tiempo se está viendo en Rennes, y esto justifica que los periódicos dediquen más ó menos espacio, según la índole de cada cual, á enterar á sus lectores de lo que allí ocurre. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, por su especial carácter, se halla en el caso de ocuparse también del famoso *affaire*; pero como su misión es atender principalmente á la información gráfica, nada diremos de los debates que ante el Consejo de guerra se promueven y sólo nos ocuparemos brevemente de los tres interesantes grabados que en la siguiente página publicamos.

Uno de ellos es reproducción de una fotografía instantánea tomada en el momento en que Dreyfús sale del Liceo en donde el tribunal celebra sus sesiones para dirigirse á las prisiones militares: la actitud del capitán de artillería al pasar por la doble fila de soldados vueltos de espaldas, es digna sin ser altanera, como del hombre que siendo inocente y olvidando todas las torturas sufridas espera que al fin brillará para él la justicia.

Otro representa el grupo de tres famosas periodistas acerca de las cuales dice Mme. Ratazzi en la *Nouvelle Revue Internationale*: «Margarita Durand, la rubia y elegante directora de *La Fronde*, con su vestido de crepón gris adornado de magníficos encajes y su sombrero coquetón; Severini, la simpatía personificada, con su fisonomía inteligente y expresiva, sus hermosos cabellos empolvados, su *toilette* sencilla y encantadora, enviando saludos á todo el mundo, porque todos la quieren y la estiman, y ella tiene un alma generosa y un corazón sensible, al mismo tiempo que un espíritu lleno de delicadezas que lo abarca y lo comprende todo. Cerca de ella está una adorable mujercita, muy joven, muy delicada, muy rubia, muy viva y con un aire de decisión que enamora, y según me dicen, pertenece á la redacción de *La Fronde*, es el edecán de la rubia directora, y su lindo nombre, Juana Bremontier, se lee mucho al pie de las ligeras crónicas del diario feminista.»

En el otro grabado vemos á la famosa *dama blanca*, de quien tanto se habló al principio del proceso y que no ha dejado de asistir á una sola de las audiencias públicas de cuantos procesos se han celebrado relativos al *affaire*. Mucho se fantaseó acerca de quién podía ser esa joven, bien parecida y vestida con exquisita elegancia, que poseía para entrar en las sesiones del Consejo de guerra la *tarjeta rosa*, es decir, la destinada únicamente á los grandes personajes; pero, según afirma Mme. Ratazzi en su citado trabajo, se ha descubierto al fin que no era princesa ni gran señora, como algunos creían, sino simplemente amiga íntima de Paquin, el gran modisto de la calle de la Paz. La *dama blanca* es dreyfusista acérrima.

El presidente del Consejo de guerra, después de averiguar quién era la tal *dama blanca*, mandó que se le recogiera la *tarjeta rosa* que le daba derecho á sentarse entre los más ilustres personajes; mas no por esto ha dejado de concurrir á todas las sesiones la amiga de Paquin, la cual ocupa ahora en la tribuna de la prensa el lugar que con mucho gusto le han cedido los periodistas. — X.



ESTATUA DE FERNANDO DE LESSEPS QUE SE HA DE COLOCAR EN EL CANAL DE SUEZ, obra de Fremiet

á la europea cuando recorría los talleres de Port-Said: su mano izquierda empuña un plano medio desdoblado y la derecha está extendida en ademán de indicar á los navegantes el paso abierto.

De este modo, todas las flotas, al pasar por el canal, saludarán la imagen del gran francés, noblemente concebida por el artista. Su frente alta y desnuda, los ojos abiertos, los labios altivos y generosos, el ademán digno, los robustos hombros, el cuerpo perfectamente plantado bajo los flotantes pliegues del caftán que el viento del mar agita, todo, así en la composición como en la ejecución de Fremiet, que pocas veces ha estado más inspirado, se ajusta admirablemente al pensamiento del homenaje tributado y al destino del bronce escogido para perpetuar aquella gloria. Allí está delante de nosotros el hombre galvanizado por el artista con una sinceridad que produce toda la ilusión de la vida real; y al mismo tiempo causa aquella estatua la impresión ideal más intensa y menos efímera.

Tiene la estatua una altura de ocho metros, y una



PROCESO DREYFÚS. - Las periodistas Mme. Durand, directora de *La Fronde*; Mme. Severine, y madame Bremontier, redactora de *La Fronde*.



PROCESO DREYFÚS. - El capitán Dreyfus saliendo del Consejo de guerra y dirigiéndose a las prisiones militares.



PROCESO DREYFÚS. - La famosa dama blanca saliendo de la sesión del Consejo de guerra.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FURBOUZE-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ACRITUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 EL MISMO AL YODURO DE POTASIO TRATAMIENTO Complementario del ASMA Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE
 contra las diversas Aficciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la Sa^d de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, en PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Descontar de las Imitaciones.

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fabrica, Especiones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ia}, N^{os} 102, R. Richelieu, Paris.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

ARTE DE HACER VINOS, por *Nicolás de Bustamante*. — Es esta una obra de verdadero interés práctico, porque aparte de la importancia del fin que con ella se persigue, cual es el de sacar el mayor provecho de una de las principales fuentes de riqueza de nuestra agricultura, tiene la ventaja de estar escrita por quien une á sus conocimientos teóricos un gran caudal de observaciones propias tomadas de la misma naturaleza. Respecto del modo como el Sr. Bustamante trata la materia, bastará decir, para demostrar lo completo del libro, que en éste se estudian detenida, clara y metódicamente el cultivo y el abono de las tierras, la elección y plantación de las cepas, las enfermedades de éstas y modo de curarlas, la poda y la cava, los procedimientos modernos para combatir el mildew, el modo de hacer el vino natural y artificial, de mejorar sus clases y de hacerlos de varias maneras, los vinos de agua y azúcar, los vinos de frutas y plantas especiales, la coloración de los vinos y demás operaciones con la vinicultura relacionadas, todo lo cual expone el autor en lenguaje claro y sencillo, huyendo de las dis-



UNA AVANZADA, cuadro de Roberto Haug

taciones científicas y de los términos exóticos. El libro, al que acompaña una lámina con varias figuras, ha sido editado en esta ciudad por D. Manuel Saurí y se vende á tres pesetas en Barcelona en la librería de Arturo Simón (Rambla de Canaletas, 5) y en las principales librerías.

decenal ilustrada madrileña; *Revista Zacatecana*, publicación mensual de Zacatecas (Méjico); *Caras y Caretas*, semanario festivo literario y de actualidades, de Buenos Aires; *Boletín Militar*, órgano del Ministerio de la Guerra y del ejército colombiano que se publica semanalmente en Bogotá.

AIRES MURCIANOS, por *Vicente Medina*. — Doce composiciones poéticas forman este elegante tomo, primero de la «Biblioteca Mi-gnón» que ha comenzado á publicarse en Madrid bajo la dirección de D. B. Rodríguez Serra, y difícil nos sería señalar cuál de ellas reúne mayores bellezas. Hay en todas un perfume de poesía popular, un sentimiento de dulce melancolía que penetran en lo más hondo del alma, dejando en ella impresión intensa y que avallora una forma deliciosa en medio de la sencillez que tan perfectamente cuadra á las obras de la índole de la que nos ocupa. El Sr. Medina se ha acreditado de verdadero poeta, pues siente bien y expresa tan bien como siente. *Aires murcianos*, que lleva bonitas ilustraciones de Medina Vera, se vende á 75 céntimos de peseta.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista Contemporánea, quincenal madrileña; *La energía eléctrica*, publicación decenal ilustrada madrileña; *Revista Zacatecana*, publicación mensual de Zacatecas (Méjico); *Caras y Caretas*, semanario festivo literario y de actualidades, de Buenos Aires; *Boletín Militar*, órgano del Ministerio de la Guerra y del ejército colombiano que se publica semanalmente en Bogotá.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias. El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE FECTORAL**, con base de goma y de abaloes, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRÍOS** y todas las **INFLAMACIONES DEL PECHO** y de los **INTESTINOS**.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

◀ **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE** ▶
Curadas por el Verdadero. — 50 Años de éxito.
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis*, *Anemia profunda*, *Menstruaciones dolorosas*, *Calenturas de las Colonias*, *Malaria*, etc.

102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

EL APIOL de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

GARGANTA

VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 Rsales.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES

ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

en BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **PILAVOIR DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN